

rados en tan estrecho círculo. Los jesuítas tenían por necesidad que enseñar lo que sabían á los hijos del país que mostraran alguna afición y aptitud para las obras que ellos hacían : tenían que servirse para oficios secundarios de lo que en el país hubiera, y así íbanse disponiendo poco á poco los ayudantes para maestros.

Cuando ya estaba próximo á madurar tan apetecido fruto, la orden del Sr. D. Carlos III (1767) de extrañarlos á todos de América cortó por completo la esperanza de tener en muchos años artesanos y artistas entendidos en las cosas propias de su profesión y gusto.

Si el lector se sorprende, y con razón, de hallar entre páginas de pintura y escultura franelas y vidriados, le ruego considere que no pude colocar lo que aquí digo de estas industrias en su propio lugar, por quitar todo aire de jactancia propia y toda sombra de querer presentar allí á la Compañía de Jesús como la religión que más adelantos industriales había proporcionado al Nuevo Mundo.

Por esto omito tomar lo más mínimo de nuestras historias, dejando hablar en ello á las ajenas ; mas la justicia pide que no se ignoren los beneficios que, aun en el orden

puramente civil, deben los pueblos á las Órdenes religiosas.

Dorados y grabados.

MANIFIESTO se ha hecho de todo punto, en las descripciones dadas acerca de los retablos y otras obras de escultura, lo mucho que los doradores tuvieron que trabajar en las cosas propias de su oficio. Conviene, sin embargo, dar más extensión á la materia, tratando en particular algo de lo que en este arte del dorado se trabajó en nuestro Virreinato.

No repetiremos cosa alguna acerca de aquellas piñas de azul y oro de que nos habló el P. Maestro Fray Antonio de la Calancha en varias ocasiones, ni de los artonados dorados de las iglesias, tan elegantemente descritos por Córdoba y Salinas, sino que, presupuesta la memoria de todo esto, la enriqueceremos con el recuerdo de unas cuantas obras, á todas luces maravillosas, en el arte del dorado peruano.

Pues una de las que en este género llama la atención en toda la América del Sur es la antigua iglesia de los Padres de la Compañía

de Quito, la cual, desde los zócalos de las grandes pilastras que sustentan los arcos hasta el techo ó bóveda inclusive, está toda dorada, y no en llano, que haría muy mal efecto, sino sobre bien proporcionadas aristas planas que, cortándose oblicuamente, forman rombos de corta extensión que dan al templo mucha gracia y majestad.

Cuando unas dos horas antes de llegar el sol al mediodía entra por el coro, párala como panal de oro, hermosísima y resplandeciente.

Siguiendo la costumbre de la época en el dorado de las iglesias, hizo D. Jerónimo Zapata, cura de Oropesa, dos obras excelentes y famosas en la ciudad del Cuzco, y fueron el dorar los dos retablos de San Francisco Javier y del Santo Cristo en la iglesia de la Compañía, dorados que estuvieron reputados por lo más perfecto y exquisito del arte en aquella fecha.

La profusión de dorados en los templos llamó mucho la atención del ingeniero francés Amadeo Frezier cuando estuvo por primera vez en Chile; tanto, que le pareció cita precisa en su cartera de viaje.

Arequipa, como Huamanga y Cochabamba, tenían, entre sus oficiales mecánicos, batidores de oro; el Cuzco superaba á todas las

ciudades de la América meridional en esta industria, y el trabajo de sus batihojas se repartía por todo el Perú, como D. Ignacio de Castro lo da á entender por estas líneas: « Se trabajan muy bien las hojas de oro en que se ocupan los batihojas con considerable provecho, por el mucho gasto de los libros de menudas láminas de oro batido para los infinitos sobredorados que se acostumbran en templos y casas por todo el Perú. »

La comprobación de esta verdad se nos viene á las manos abriendo *El suelo de Arequipa convertido en cielo* por su página 77, donde se lee: « Está Arequipa tan adornada de láminas doradas de orden compósito, en que los oficiales cargan la mano de los peregrinos enredos del orden corinto, desdeñando las llanezas del jónico, que no hay casa, por mediana que sea la fortuna de su dueño, en que no reluzcan con abundancia los áureos resplandores de estos bien tallados adornos. »

Documentos fidedignos aseguran que entre las cosas de lujo con que se engalanaba la ciudad de los Reyes, ó simplemente Lima, á mediados del siglo XVIII, era una de ellas la profusión de dorados que se usaban en las carrozas. Siendo éstas, como sabemos, muchas, tuvo necesariamente que no ser cor-

to el número de los que se empleaban en adornarlas con los dorados del gusto de la época.

Fué célebre en la historia escandalosa y edificante de Lima una soberbia carroza dorada en la que á diario paseaba una cómica casi virreina, la cual, cruzándose en una ocasión con el santo Viático, se apeó humilde, cedió el coche, y arrastrando por el suelo los riquísimos encajes del vestido, acompañó al Señor, y jamás volvió á ocupar el suntuoso vehículo.

En las « Industrias mecánicas » dijimos alguna cosa respecto de la multitud de sillones de cuero dorado que se usaban, lo mismo por las provincias de Chile y Buenos Aires, que por todo el Perú y reino de Quito. El dorado de los asientos y respaldares de estos muebles fué uno de los renglones que más contribuyeron á sostener los doradores.

Ni se crea que los utensilios dorados eran cosa exclusiva de las ciudades, pues Tacna, verbigracia, distaba bien de serlo en el último quinto del siglo XVIII, y con todo eso dice de ella el Sr. Basadre acerca de los dorados del menaje: « No pocas de las familias más acomodadas ostentaban *escaños dorados* con asientos de vaqueta, damasco ó terciopelo, y otros muebles traídos de Lima que

lucían en aquel tiempo, tanto por sus pinturas y adorno, como por su extraordinaria solidez. »

Diremos ya alguna cosa de los grabados y obras de cincel para que, en cuanto esté en nuestra mano, nada falte en esta obra; pero dejaré antes aquí apuntado que en los pueblos de Misiones á cargo de los Padres de la Compañía de Jesús figuran en mucho número los librillos de oro ó panes para dorar; verbigracia: en el pueblo de San Miguel se inventariaron mil de los librillos dichos, y otros muchos en otras reducciones.

El primero que abrió lámina en el Perú fué, según es sentir común de todos, Fray Francisco de Bejarano, el religioso agustino que tan bellos cuadros dejó en Lima en la iglesia de su Orden. Contenía la lámina una inscripción que se colocó en el catafalco levantado en la catedral el 24 de Noviembre de 1612, con ocasión de las exequias celebradas por la reina Margarita, esposa que fué de Felipe III.

Está, pues, equivocado Ceán Bermúdez al asegurar que la lámina esculpida por Bejarano fué para las exequias del virrey Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros; y si la razón dada no bastara, sobraría recordar que este Virrey salió bueno y sano del Perú

después del 18 de Diciembre de 1615, fecha término de su gobierno.

De 1672 debe conservarse en Lima algún grabado de los varios que se hicieron en ella con motivo de las fiestas de la canonización de Santa Rosa y San Francisco de Borja, siendo Virrey el piadoso conde de Lemos; pues además de las medallas que se acuñaron en gran cantidad, se grabaron diversas imágenes de Nuestra Señora, que se repartieron en conmemoración de la fiesta.

El P. Narváez, de la Compañía de Jesús, fué de los grabadores que trabajaron más en toda la América del Sur; él fué quien abrió las láminas y tiró las estampas, hacia 1715, de aquella no corta iconografía de los emperadores incas, cuyo dibujo se debió á don Alonso de la Cueva, cronista de la santa iglesia de Lima. Es verdad que estos dibujos no tienen más fundamento con el parecido de los incas que la arbitrariedad del dibujante; pues aunque vulgarmente llegó á creerse que el dicho D. Alonso, para sacar algún parecido en los retratos de los incas, recogió las medallas ó figuras de oro, plata, barro y otras materias en que los indios veneraban impresos ó grabados los rostros de sus incas, esto carece de toda verosimilitud.

Llano Zapata, de quien tomo estos datos,

dice que él vivió en Lima cinco años en una misma casa con el cronista, y que jamás supo tal cosa. Este mismo escritor cree que las estampas publicadas por D. Antonio de Ulloa en la relación de sus viajes las trajo de Lima, á excepción de las dos últimas, que son de monarcas españoles.

Juan de Palomino reprodujo en España, por los años de 1748, la iconografía del Padre Narváez, y de ahí que á estas dos colecciones se las distinga respectivamente con los nombres de Limense y Matritense.

De 1756 conozco el grabado hecho en Lima por el religioso mercenario Fray Antonio Contreras, y publicado en la relación que Fray Alejo de Alvites hizo de las exequias de Doña Mariana Josefa de Austria: representa el túmulo que se levantó para solemnizarlas.

En el álbum monetario-americano de don Alejandro Rosa se ve alguna que otra medalla peruana de troquel limeño, como, verbigracia, la dedicada á Carlos III por el virrey conde de Superunda; hay en dicho álbum recogidos muchos grabados mejicanos y muy variados; cotejando los de uno y otro virreinato se evidencia que el de Méjico superó en este ramo mucho al del Perú en número, finura y variedad.

Como pudiera muy bien suceder que el

lector no tuviera el libro VIII de estos « Estudios críticos », convendría que viera en él la parte dedicada á la « pericia y originalidad de los plateros peruanos », por la íntima conexión que tiene cuanto allí se dice con lo que aquí estamos ahora tratando.

De los preciosos y delicadísimos grabados microscópicos, y de los de no tan diminuto tamaño que se trabajaron en Chile en la primera mitad del siglo XVIII, citaré los principales, que fueron varios, correspondientes á varios juegos de vinajeras de plata y sobredoradas, atriles y cálices; fuera de los muchos de plata que hicieron y adornaron, como era costumbre, aquellos hermanos coadjutores artífices de la Calera, labraron tres de oro, descollando entre todos el elaborado en 1763, que consumió para la materia 264 castellanos de oro de á 22 quilates, comprados en 726 pesos con seis reales. Medio año empleó uno de los mencionados Hermanos alemanes en trabajarlo, á pesar de no ser de grandes dimensiones; todo lo cinceló á mano, entallando en la parte superior de su copa y en el pie, además de otras bellas labores, diversos pasos de la Pasión del Señor, con tanto primor y exactitud, que ha sido evaluado por personas competentes en 4.000 pesos.

« Uno de los principales joyeros de esta

ciudad [Santiago de Chile], alemán de nación, lo ha reconocido y examinado prolijamente, y nos asegura que lo reconoce muy superior á las obras de esta clase elaboradas por los más acreditados plateros de Munich.

» Preciso es valerse de un microscopio, como lo ha hecho este joyero, para divisar todos los objetos allí expresados y reconocer su perfección; la simple vista no alcanza á descubrir los minuciosos detalles y exactas proporciones de los diversos grupos representados en aquellos bajo-relieves. »

Con ocasión del reloj que el P. Carlos Haymhaussem regaló á su prima la reina de Portugal, nos proporciona el recién citado historiador un nuevo testimonio del primor que en los grabados habían obtenido los dichos Hermanos alemanes. « De creer es, dice nuestro Enrich, que la muestra y caja exterior de esta joya (el reloj) serían dignas del alto personaje á quien se regalaba, una vez que entre los Hermanos coadjutores había capacidad para ello, como lo manifiestan los finos y primorosos grabados con que está decorada la fachada de un despertador trabajado por ellos en la Calera, y que se conserva en la Recoleta dominica de esta ciudad de Santiago de Chile. »

En otro género de obras se hicieron tam-

bién algunos trabajos, como fué en el de la cartografía, debidos á las expediciones científico-fluviales llevadas á cabo, entre otros, por el P. Samuel Fritz, que levantó el plano del río de las Amazonas, publicado en Quito en 1707 y grabado en acero por el antedicho P. Narváez. Este trabajo se ha reproducido del original aquí en Madrid con el mayor cuidado, y ha sido uno de los presentados en el próximo pasado centenario del «Descubrimiento de América».

Dimos ya en la pág. 140 del tomo XI una breve idea del trabajo llevado á cabo por el Dr. D. Francisco Carrascón, prebendado de la iglesia catedral del Cuzco, acerca del mapa que hizo grabar y repartir para probar, con él á la vista, cuán fácil era la comunicación entre el Perú y España por medio de los ríos navegables que bañan el continente sudamericano; tomaré unas líneas de Raimondi, como él las escribió, ya que "en el *Diccionario Biográfico* de Mendiburu nada se dice de tan insigne geógrafo.

«Más como recuerdo histórico y por el lugar donde fué impreso, que por otro motivo, haremos mención aquí del mapa del Perú que dió á luz en 1802, en la ciudad del Cuzco, el prebendado de la iglesia catedral de dicha ciudad, Dr. D. Francisco Carras-

cón, y que dedicó al rey de España Carlos IV.

»Este mapa está dividido en dos fojas: la primera comprende la parte Sur del Perú hasta el río de Huaura, y la segunda la parte situada al Norte de dicho río. Esta obra, á pesar de sus imperfecciones, debe haber costado un gran trabajo á su laborioso autor, pues nosólo se ocupó en ella de la parte geográfica, sino que figuró en sus respectivos países, por medio de dibujos, los principales animales y plantas, y por signos convencionales los productos del reino mineral.»

Trabajo no de poca importancia en el grabado debió de ser para el Cuzco el proporcionado por el prebendado Carrascón, como se infiere de la clase del dibujo que en una y otra hoja entraba: plantas, animales, etc.; curso de los ríos, demarcación de provincias y otros tantos accesorios como piden estos mapas, abogan por esta sección de las bellas artes en lo que fué América española.

A fines del siglo pasado registra la historia de las bellas artes en el Perú otro grabador, que fué D. José Vázquez, cuyo artículo biográfico, sacado literalmente de Mendiburu, dice de este modo: «Vázquez (D. José), grabador de láminas y sellos á fines del siglo pasado en Lima. Se contrajo ade-

más á la combinación de colores y á formar pasta para la pintura. Se empeñó en imitar la tinta de China, y fué mejorando la que hacía, hasta que consiguió su objeto de que la prefiriesen los consumidores á la que se vendía como procedente de aquel país. De esto da razón *El Mercurio Peruano* de 1791, número 3.»

Puedo especificar un poco acerca de los trabajos que en grabado hizo este artista citando como obra suya las dos láminas de bronce que se ven en el «Templo del honor y la virtud», ó sea en el elogio que el doctor D. José Baquíjano hizo al virrey D. Agustín de Jáuregui. Una de las planchas contiene el escudo de armas de este caballero, y la otra su retrato.

No sé hasta dónde llegará el valor y mérito de las obras de que he dado cuenta en este párrafo, pues no soy perito en la materia; bástame consignarlas y abrigar muy fundadas esperanzas de añadir nuevos datos á los que ahora quedan apuntados.

Escultura naval.

DE los caros caprichos de los hombres fué desde muy antiguo el mar tumba y estrado; en él se ha reflejado el gusto y

poderío de las naciones, y nada como él ha contribuído al fomento de las bellas artes en la escultura principalmente, y de un modo secundario en los dorados y pinturas durante largos siglos, que acaso se renueven y quiten á la actual arquitectura naval ese aire de cárceles flotantes que hoy revisteu sus negras producciones.

Trato, pues, de demostrar que los buques construídos en nuestras posesiones americanas proporcionaron á los escultores y doradores un más que mediano trabajo, y como prueba de ello emplearé el argumento llamado de inducción, que, reducido á su mayor y más expresiva brevedad, se contiene en estos términos.

Las construcciones navales en América seguían en lo posible á las de España; pero en éstas se hacía grande uso de molduras, mascarones, entallados, dorados y pinturas; luego en América la escultura, dorados y pinturas en las naves no debían escasear.

Poco jugosa y amena podrá parecer esta materia á quien se contente con mirarla á sobrehaz; con todo, hay curiosidades y bellezas en ella capaces de recrear al más flemático holandés y de exaltar la imaginación más apagada y melancólica.

¿Qué aspecto más agradable puede con-